

Zygmunt Bauman (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.

Juan Bautista Peris Roig^a

En apenas 30 páginas, Bauman nos narra las vicisitudes por las que atraviesa la ya difícil relación entre cultura y educación dada la “inundación” que padecen ambas dimensiones sociales a raíz de la modernidad líquida.

Un texto que sabe a poco y que se entiende mejor si nos hemos iniciado ya en el universo líquido de Bauman. Un universo que, bajo el presupuesto de una sociedad que no fomenta el aprender “a fuego lento”, teniendo en cuenta la tradición y su necesario aporte a lo que debería ser el sustrato cultural de la sociedad, construye a las personas según el molde del “consumidor”, con lo que representa de pérdida de referencia total, abocando al individuo a los vaivenes de una “sociedad-mercado” donde hasta la identidad se puede comprar.

En un primer momento nuestro autor afirma cómo la espera (y tal vez la esperanza) ha sido fulminada de nuestra vida cotidiana. Con ejemplos de la vida cotidiana constata cómo la necesidad de satisfacer de manera urgente e inmediata ha eliminado de nuestro contexto vital la espera. Es un “error”, una contingencia que se debe solucionar, una deficiencia que se convierte en intolerable en nuestra sociedad, que sufre del “síndrome de la impaciencia”: “Esperar se convierte en una circunstancia intolerable”. Esperar se convierte en pérdida. Algo que tarda no es excelente. Los atajos, la inmediatez, son un prurito que se ha instalado en la vida del ser humano, que ve en la rapidez un distintivo de calidad innegociable.

^a Graduado en Filosofía y Licenciado en Estudios Eclesiásticos. Director del Colegio Salesiano San Juan Bosco.

E-mail: juan.peris@salesianos.edu



Junto a la incapacidad de esperar, de forma inherente diría yo, se encuentra la falta de compromiso duradero. El tiempo ya no es oro, es un ladrón, un fastidio, “algo” que, si se puede evitar y dejara de ser una molestia, mucho mejor. “Vivir rápido”. El paso del tiempo trastoca los planes del nuevo ciudadano líquido al que le gustaría inhibirse de esta “mala suerte” que es el tiempo.

Justamente lo efímero cobra tal protagonismo que en nuestra sociedad “la solidez de las cosas”, de los vínculos humanos, la lealtad, el compromiso, la obligación... adquieren tal valor negativo que implican una (supuesta) pérdida de libertad y de felicidad para el ser humano. La pasión de nuestro mundo ya no es tener muchas cosas, sino poder descartarlas y adquirir unas nuevas. El consumismo actual se define “por el breve goce de esas cosas”.

Y así de esta manera Bauman nos lleva a colegir con él que el conocimiento actual “se ajusta al uso instantáneo”. El conocimiento sometido a las leyes de mercado se convierte en una mercancía cuyo deber es perder “valor” rápidamente para que otro conocimiento ocupe su lugar. Las versiones nuevas, mejoradas, 2.0, 3.0 denotan la caducidad velocísima de su ser. La frase de otras generaciones “nadie podrá quitarte lo que has aprendido” se convierte en una amenaza en nuestros días. Nadie quiere nada para siempre. Y el conocimiento no se escapa de esta valoración que hace nuestro autor. Este es el primero de los retos que

nos ofrece Bauman y que tiene la educación: lo efímero.

El segundo, el denominado “cambio contemporáneo”, es una consecuencia del primero. Si el conocimiento pretende ser una representación de nuestro mundo, se hace hartamente imposible esta empresa, ya que no hay rastro de ninguna inmutabilidad que permita ninguna pedagogía, aprendizaje o educación. El mundo sometido a un incesante devenir, fluctuante y enloquecedor, genera nuevos lenguajes, nuevos conceptos que suponen cambios en los distintos marcos cognitivos y que convierten en misión imposible cualquier aprendizaje. En la industria, en el comercio, en las finanzas... se utilizan términos que denotan esa fluidez ambigua, elástica, compleja, múltiple. Palabras como *redes*, *equipos*, *coaliciones*, *culturas o influencia* huyen de otras que significan solidez.

Se presenta como gran valor las organizaciones o las empresas que son capaces de alterar su esencia de forma rápida para adaptarse a los nuevos tiempos. Ante un mundo cambiante, caótico, solo se deben crear organizaciones capaces de amoldarse a esos cambios. De estructura poco firme, ambiguas, con aire incierto. Se necesitan empresas con un ideario poco estable, fácilmente alterables y nada sólidas. Así, de esta forma, el conocimiento que se demanda para trabajar en este mundo líquido no es necesario que esté basado en un saber profundo, de un pensamiento sosegado y crítico... Si quieres sobrevivir



debes moverte con la rapidez suficiente y venderte a la velocidad máxima, que es la tabla de salvación que este mundo líquido te ofrece. Nuestro autor emplea la imagen del surf para apuntar esta idea de lo ligero del asunto: “andar es mejor que estar sentado, correr es mejor que andar, y hacer surf es mejor que correr”.

Con esta aceleración continua no hay espacio para la búsqueda de una verdad “para toda la vida”. Es más, el conocimiento pasa a ser desechable, inconsistente en cuanto aparezca la próxima ola con contenidos nuevos. Contenidos que sustituyen a los anteriores. No hay un aprendizaje sumativo.

Nuestro autor hace referencia a un filósofo francés, Dufour, que últimamente ha seguido la estela de los pensadores que afirman que el cambio posmoderno ha dejado sin relatos fundadores al individuo, por lo que la construcción de su identidad se queda sin la narración precisa y, por lo tanto, a expensas de que “el mercado” se adueñe de los individuos y reescriba su esencia. El liberalismo actual como padre de lo amoral.

En este sentido, Bauman cita un artículo de *Le Monde Diplomatique* donde afirma que el capitalismo desea ampliar su territorio no solo a lo ancho, abarcando todos los objetos, sino también procura expandirse en profundidad “a fin de abarcar los asuntos privados, alguna vez a cargo del individuo (subjetividad, sexualidad...) y ahora incluidos en la categoría de mercancía”. También la educación y el saber en sí. Un saber

que siempre llevará apellido: “savoir etre, savoir vivre”; el saber a secas ha desaparecido. La sabiduría, o está validada por el mercado y tiene una utilidad clara que promueva la compraventa de cualquier elemento, o se considera una pérdida de tiempo.

Ni que decir tiene que todo lo dicho hasta ahora “va en contra de la esencia de todo lo que representaron el aprendizaje y la educación a lo largo de la mayor parte de la historia”. Antes, el conocimiento debía ajustarse a un mundo que debía durar. Aquello que duraba era mejor, era síntoma de excelencia. Una cosa era buena porque la tenías mucho tiempo. Estaba bien hecha porque duraba. En relación con el conocimiento, antaño el aprendizaje se convertía en significativo porque era capaz de “permanecer” en el individuo toda su vida. Por eso la memoria era una necesidad, ya que era el “lugar” donde la información permanecía y podía afectar a la conducta del individuo. El conocimiento entonces se convertía en transformador procesual de nuestra voluntad, o al menos podría hacerlo. En la actualidad la información se halla en servidores (en la nube) y es gestionada por las redes en un ciberespacio, bien lejos del cerebro del ser humano. Esta distancia resulta insalvable. Incluso los que quieren mantenerse fieles a un aprendizaje más tradicional se dan cuenta del cansancio y hastío que supone ir contra corriente. Hubiera sido interesante saber que opinaría nuestro autor frente a las últimas



noticias sobre inteligencia artificial, que se nutre de toda esta información que el humano ha generado y depositado en la “nube” y sirve para confeccionar los algoritmos que, bajo apariencia inocente, se están convirtiendo en los verdaderos marcadores de la realidad virtual o no.

De esta forma, Bauman afirma que en esta mercantilización vital de la que no escapa el conocimiento no hay ni rastro de “costumbres establecidas, marcos cognitivos sólidos”, ni valores estables, ni lealtades ni vínculos inquebrantables... lista formada por los grandes obstáculos para conseguir el éxito. Todo fluye en esta líquida modernidad, amontonándose el conocimiento, generando ingente información donde la cantidad apabulla a la calidad y no hay manera de discernir qué es más importante y prioritario y por qué lo es.

A pesar de admitir que la educación en el pasado ha sabido adecuarse a los cambios que se daban en su entorno, el cambio de nuestra actualidad no es el mismo que el del pasado. La ingente cantidad de información se convierte en un monstruo que se traga cualquier posibilidad de conocimiento reposado, re-

flexión profunda o jerarquización según la importancia del tema.

La propuesta educativa de Bauman va más allá del modelo neocapitalista de estudiar, formarse para encontrar un lugar de trabajo y así formar parte de un sistema basado, no en el ciudadano, sino en el consumidor. Un sistema al que le interesa la ignorancia de las personas para que sean manipulables, infectadas del veneno de las “felicidades”, muchas, variadas, inconsistentes, volátiles y, en esencia, obsoletas en cuanto son aprehendidas. El ciudadano debe recuperar su “espacio público” para ejercer sus derechos en conciencia y sin que se le arrebate la dignidad. Solo de esta manera podrá ser el dueño de sus propias circunstancias.

Y después de la lectura de esta pequeña joya uno entiende con más profundidad las cuestiones que aparecen en otro de sus libros sobre educación. Hablando con propiedad, se trata de un libro donde Bauman contesta a cuestiones y comparte y departe opiniones con Ricardo Maezzo sobre educación y su relación con el mundo líquido. Pero esa es otra historia.

